EL VERDADERO DESTINO DE UNGOLIANT
(Por Francisco Mesa Fernández en homenaje al mundo de JRR Tolkien)

"Melkor gritó aterrado haciendo surgir de su vil garganta una voz siniestra y desgarradora. Aquella que había sido su poderosa aliada exigía lo que se le había prometido: toda la luz que jamás podría saciar su voraz apetito. Pero los Silmarils eran tan hermosos tesoros que, incluso el cruel espíritu de Melkor, sintió lástima por verlos destruidos. No quería que acabasen dentro del cuerpo de la gigantesca y oscura araña que él mismo había alimentado.

Pero mucho más pequeño que la terrible Ungoliant, Melkor suponía una víctima fácil para aquel despreciable espíritu. No obstante, algo, aparte de su insaciable rival, escuchó su grito de auxilio. Dormidos como estaban hasta ese entonces, los Balrogs despertaron sintiendo el peligro que su amo y creador estaba sufriendo. Inmensas llamas de fuego oscuro brotaron encendiendo sus cuerpos y látigos y, como un regimiento de fuego viviente, los inmensos demonios bajaron en auxilio de su señor para contemplar la gigantesca oscuridad que se cernía sobre él.

Ungoliant se enfrentó feroz y terrible a aquellos demonios y no cuentan los libros que incluso dio muerte a muchos de ellos mordiéndolos y clavando su terrible aguijón en sus cuerpos. Pero los demonios eran demasiados e iban acompañados del gran Gothmog: poderoso señor de todos los Balrogs. Una y otra vez, látigos de fuego golpearon el cuerpo de Ungoliant que pronto comprendió su terrible derrota. Entre chillidos estremecedores, cargados de rabia y dolor, Ungoliant se envolvió en una densa oscuridad que por un momento cegó a todos sus adversarios. Así fue como aquel poderoso espíritu aprovechó para huir de una muerte segura."

Aún podía sentir las abrasadoras quemaduras en su cuerpo. Los odiados Balrogs no habían tenido piedad con ella y sus látigos ardientes habían provocado heridas severas que la habían obligado a huir.

Engañada y hambrienta. Así era como se sentía uno de los espíritus más poderosos que habían pisado Eä. Pero a pesar del insaciable apetito que aún le despertaba el recuerdo de la magnánima luz de los Silmarils, la gigantesca araña había tenido que huir de la feroz presencia de los demonios de fuego.

Sus ocho extremidades aún se movían con frenética rapidez y envueltas en la negrura que ahora la protegía. Los pocos seres que sentían su presencia huían aterrados incapaces de enfrentarse a aquel negro vacío que tanto los aterraba.

Pocos seres pudieron contemplar aquella horrible presencia rodeada de una negrura que parecía suprimir todo el entorno circundante. Sólo Thorondor, gran señor de las águilas, pudo mirar, aunque no por mucho tiempo, aquella terrible criatura que huía hacia un valle que acabaría corrompiendo.

Y aquel valle sería Ered Gorgoroth, dónde llegó con la intención de seguir devorando cosas que pudieran ayudarla a olvidar el dolor de sus quemaduras. Allí se internó devorando la luz de pequeñas luciérnagas que pronto dejaron de existir, pues apenas suponían verdadero alimento para tanta oscuridad.

Mucho se perdió en aquel valle a causa del hambre tan terrible y tormentosa para Ungoliant. Todos los seres luminosos que una vez existieron allí fueron devorados o huyeron a otras tierras donde no tenían alcance aquellos colmillos terribles.

Pronto el sitio se vio contagiado de la oscuridad que fue traída por tan despreciable ser y pasó a ser llamado Nan Dungortheb o El Valle de la Muerte Terrible, donde vivían otras grandes arañas que pronto reconocieron a Ungoliant como absoluta soberana de aquellos dominios.

Allí, Ungoliant, siguió alimentándose, en su mayoría, de las arañas que poblaban aquel lugar. Aunque también en ocasiones de sed lujuriosa se apareaba con ellas engendrando una nefasta prole que pronto comenzó a crecer.

Aquellas arañas temían y amaban a Ungoliant. Pero pronto todas aquellas que habían sido nativas de Nan Dungortheb, acabaron desapareciendo víctimas del hambre eterna de su soberana. Aún así, la prole se había extendido y las nuevas arañas híbridas continuaron siendo el alimento de Ungoliant durante mucho tiempo. Tiempo durante el cual también seguía apareándose con ellas.

Pero un hambre tan terrible no podía perdurar demasiado en una tierra que no daba cabida a tan voraz criatura. Pronto, algunas arañas, temerosas de Ungoliant, comenzaron a odiar tan despreciable matriarca.

Eran aquellas que habían heredado cierto poder de su cruel madre. Una de ellas, en concreto, había seguido el ejemplo de Ungoliant devorando a otras hermanas y consiguiendo con ello un tamaño que pronto la hizo muy superior al resto.

Se trataba de Ella Laraña: la cual se había ganado un lugar privilegiado entre todas sus hermanas. Su astucia y gran capacidad para evitar a su voraz madre le habían llevado a sobrevivir durante mucho más tiempo que el resto.

Ungoliant seguía devorando a las hijas que engendraba escogiendo siempre, para craso error suyo, a las más tiernas y jóvenes. Pero todas las arañas, más astutas y maduras, sabían que cualquiera de ellas podía ser la próxima. Entre ellas estaba Ella Laraña: dispuesta a cualquier cosa con tal de sobrevivir al apetito de su madre.

El gran respeto que Ella se había ganado hizo que muchas arañas fueran cómplices finales en la terrible muerte que le deparaba a Ungoliant. De forma astuta esperaron a que su madre se diera el último festín, tras el cual solía descansar durante cortos periodos mientras hacía la digestión.

Fue mientras Ungoliant dormía cuando todas sus hijas, dirigidas por la impasible Ella, cayeron con sus aguijones y colmillos bien dispuestos sobre su madre. Ungoliant fue cogida por sorpresa y cuando intentó levantarse, todo su cuerpo estaba rodeado por las arañas menores que mordían con persistente voracidad cada una de sus patas.

Ella Laraña y a sus hermanas mutilaron las extremidades de su madre dejándola inmóvil e incapacitada para luego devorarla todas a su antojo. De esta forma el triste final que tuvo Ungoliant fue el de ser devorada por sus propias hijas.

Se dice aún así que de todas las que devoraron el cuerpo de su madre fue Ella Laraña la más voraz de todas, adquiriendo con ello mayor tamaño y cierto poder para engendrar algo de oscuridad.

Thornodor lo vio todo en la seguridad de los cielos y trajo el mensaje a algunos elfos con los que tuvo encuentro. Pero el gran señor de las águilas dejó de confusión en su mensaje, pues quiso hablarles en metáfora. Sus palabras fueron *"Se devoró a sí misma"*